

DE LATINOAMÉRICA A LAS ISLAS CANARIAS:
LA AVENTURA ANTROPOLÓGICA
DE PAOLO MANTEGAZZA

ANNA BEVILACQUA DALL'AGNOLA

(Traducción de LUCÍA RONCARATI y SONIA PASTRELLO)

En el contexto de la producción historiográfica y literaria concerniente los viajes del tardío siglo pasado entre Canarias y Latinoamérica, Paolo Mantegazza representa una figura muy particular, caracterizada por intereses poliédricos, cuya grande capacidad de observador merece sin duda una plaza no solamente en el conjunto de la etnografía y de la antropología en general, sino en particular en la historiografía canaria propiamente dicha.

Mantegazza, nacido en Monza el 31 octubre 1831 en una familia burgués, se licenció en medicina en la Universidad de Pavia, donde discutió su tesis «*Fisiología del placer*», que fue publicada poco después y que suscitó mucha eco y numerosas polémicas en los ambientes culturales italianos de la época (lám. 1). Por Mantegazza el período sucesivo fue extraordinariamente inquieto, como atestiguan las numerosas letras a su madre y a sus amigos: sus escritos transparentan algo obsesivo, un deseo fuerte de amar y ser amado, aunque concebido dentro de los límites de la moral de la mitad del siglo XIX, o sea identificando estos deseos con la necesidad del matrimonio. Esta continua inquietud, junto a problemas de salud, le provocaron cierta debilitación física y de los nervios, que pronto le causó angustia hasta cuando intentó suicidio. Cuando salió de esta crisis, que él definió «*rapidísima enfermedad*», Mantegazza se zambulló en una serie borrascosa de viajes a través de Europa, siempre buscando situaciones nuevas e intereses que le permitieran distraer su ánimo armoniosa y sufriente y al mismo tiempo apagar su espíritu científico, que él mismo iba descubriendo.

Pues, se convirtió en un viajero curioso e incansable; visitó París, Londres, Dublino, Colonia, varias ciudades de Holanda y Bélgica, pero Europa en aquellos tiempos, tan cerrada en sus rígidas leyes morales,



LÁM. 1.—Paolo Mantegazza (1831-1910).

no satisfizo la sed de conocer del apasionado autor de la «*Fisiología del placer*». En 1854 Paolo Mantegazza decidió, pues, de cruzar el Atlántico y se fue a Argentina donde trabajó como médico: llegó al puerto de Buenos Aires el 9 de junio de 1854 con el barco «Thames». Se estableció en la ciudad durante cierto tiempo y ejerció su profesión en una casa de salud italiana. Pronto acogido en los círculos de las ricas familias de la burguesía local, pudo observar desde el interior la sociedad que le circundaba evidenciando, a menudo con admiración, sus aspectos más característicos.

Por supuesto, la narración de sus viajes y el profundo interés por la antropología de nuestro autor empiezan con la descripción de la ciudad de Buenos Aires y de sus habitantes.

Era aquella una época de grandes fermentos políticos y culturales en la joven Argentina: precisamente en aquellos años Buenos Aires, que había sido la sede del vicerrey español y que más tarde se había rebelado a España, había asumido simbólicamente el papel de líder en la lucha contra el ejército imperial desde 1810, después de la Declaración de Independencia.

Durante su estancia, la nación vivía, pues, una fase de arreglo de

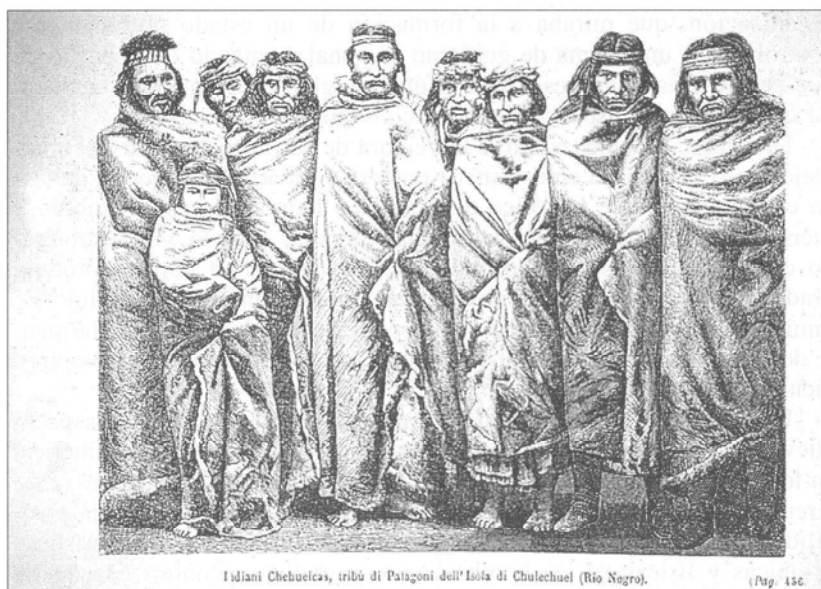
organización, que miraba a la formación de un estado políticamente controlable, a una forma de gobierno nacional, contando en el hecho de que en 1816 había representado la única región del hemisfero occidental que el ejército español no había conseguido reconquistar.

De hecho, Mantegazza tuvo la ventura de ser testigo ocular del complejo (pero a menudo entusiástico) proceso formativo en aquella delicada e importante fase histórica de la ciudad latinoamericana, símbolo y fuerza de la misma Argentina. Además, durante el siglo XIX y sobre todo durante la segunda mitad del siglo, la estabilidad política produjo gradualmente riqueza y, contemporáneamente, un incesante flujo de inmigrantes empezó a llegar de todas partes de Europa y particularmente de Italia, facilitando cambios rápidos y fuertes en las distintas componentes de la población.

Una extraordinaria multitud de hombres y razas confería un aspecto nuevo a la población y a las otras grandes ciudades de Hispanoamérica, en los primeros años de sus historias como naciones independientes. Esta circunstancia histórica ofreció a nuestro atento y sensible autor la posibilidad de ejercer sus primeras observaciones sobre las características psíquicas y físicas de los hombres que se podían encontrar en aquella nación y que daban vida, a pesar de ellos, a las primeras concentraciones urbanas multiétnicas del sur de América. Por esta razón, el retrato de esta región que nos ha dejado Mantegazza resulta ser real, vivaz y cautivador, animado por la misma emoción del autor, que vivía personalmente aquellos acontecimientos como un verdadero antropólogo «desde dentro» y, al mismo tiempo, como cronista e historiador.

Después de unos meses intensos y activos, el estudioso dejó Buenos Aires para dirigirse hacia el río de la Plata y el Paraná, deseoso de conocer el interior del país. Pues, se embarcó en la galeta «Flora Argentina» y así visitó Entreríos, la vasta región casi llana que se extiende al norte de Buenos Aires, navegando a lo largo del curso del Paraná, avanzando hasta Paraguay y La Paz.

Mantegazza encontró numerosos obstáculos burocráticos e innumerables disposiciones aptas a reducir las posibilidades de movimiento de los extranjeros, y también muchas fueron las dificultades físicas que tuvo que superar en aquellos lugares ásperos y salvajes, en parte todavía inexplorados, donde solamente pocos viajeros europeos se habían aventurados (lám. 2). Durante estos itinerarios él acumuló una gran cantidad de apuntes de todas clases, recogiendo observaciones puntuales sobre el clima y la tipología del paisaje, describiendo detalladamente las peculiaridades de los caracteres nacionales y los usos y costumbres de los gauchos de la Pampa y de los habitantes de las ciudades, interesándose



Indiani Chebueicas, tribù di Patagoni dell'Isola di Chulechuel (Rio Negro).

(Fig. 150.)

LÁM. 2.—Mantegazza exploró aquellos lugares ásperos y salvajes de Latinoamérica, donde solamente pocos viajeros europeos se habían aventurado.

en las enfermedades de los indios, con los cuales supo a veces vivir espartanamente, adaptándose a su estilo de vida simple y a menudo muy pobre, que ciertamente podemos considerar una piedra miliar en la historia de la etnografía. Estos viajes representaron por Mantegazza un verdadero laboratorio científico multidisciplinar, porque él además hizo dibujos, tablas botánicas acuradas, bosquejos que acompañaron sus diarios de etnógrafo y médico y nos proveen una representación exhaustiva de los lugares que visitó y de sus características ambientales, así como de los ejemplares de flora endémica y de las especies de animales que encontró.

Desde Paraguay el joven médico regresó al territorio argentino, pasando por Santa Fé, Rosario, Córdoba, la pobre provincia de Santiago de Estero, Tucumán y, hacia el norte, Salta. Allí, en Salta, encontró doña Jacobita Tejada de Montemayor, destinada a ser pronto su esposa, en 1858 (lám. 3).

La fertilidad de la tierra y la bondad del clima de Salta persuadieron Mantegazza a estipular un contrato para la fundación de una colonia italiana en la región, donde él mismo había creado un centro médi-



LÁM. 3.—Recorrido general de los viajes de Mantegazza, desde Paraguay pasando por Santa Fé, rosario, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y, hacia el Norte, Salta, donde encontró la compañera de su vida, doña Jacobita Tejada de Montemayor (1858).

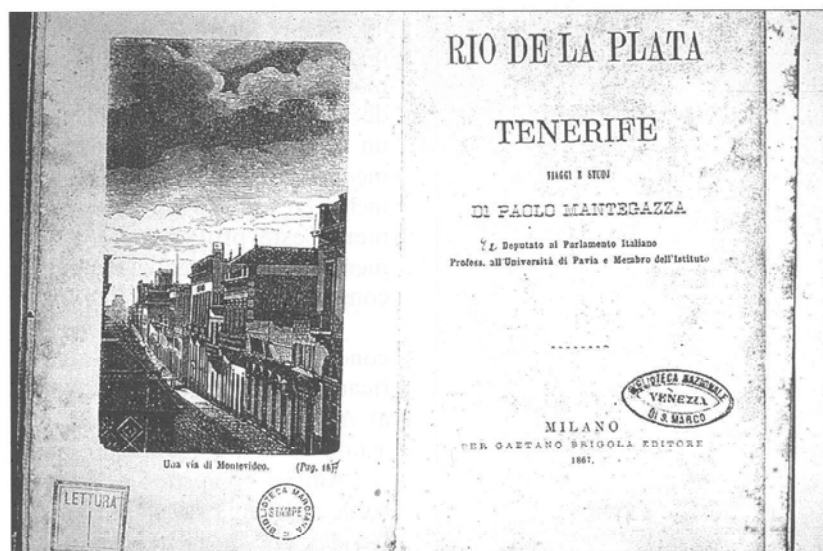
co basado en el principio de la documentación completa y sistemática de algunas enfermedades de los miembros, que constituía un verdadero centro de búsqueda médica experimental, conceptualmente en vanguardia: desdichadamente este proyecto científicamente tan prometedor, nunca fue completamente desarrollado.

En 1858 el estudioso decidió concluir su experiencia suramericana, dejó Argentina y regresó al Antiguo Continente, esta vez acompañado por su joven esposa.

Ambos escapados de una terrible epidemia de fiebre amarilla, después de la travesía atlántica, la pareja desembarcó en Tenerife, donde el ingenioso médico-estudioso volvió a sus estudios etnográficos y antropológicos: aquella es la época que le dio celebridad por haber estado uno de los precursores del estudio y la catalogación de cráneos aborígenes, integrados por interesantes dibujos ilustrativos (lám. 4).

Como ya en Latinoamérica, su espíritu de investigador poliédrico no tardó a manifestarse y él se interesó en todos los aspectos peculiares del ambiente natural y de la cultura canaria, produciendo una serie de escritos particularmente rica y profundizada, donde podemos sacar noticias sobre las materias más variadas: de la arquitectura al paisaje, de la flora a la fauna, del aspecto de los indígenas a sus costumbres.

Bajo el punto de vista estrictamente antropológico y etnográfico su obra se distingue por el punto de vista sorprendentemente moderno que la caracteriza: en su descripción de los indígenas Mantegazza no sólo consideró su manera de vestir, de nutrirse, de proveer los materiales, de dedicarse a las más variadas actividades, como en cualquier estudio



LÁM. 4.—Portada de una de las primeras ediciones de la obra «Río de la Plata e Tenerife», donde se recogen sus notas sobre Canarias.

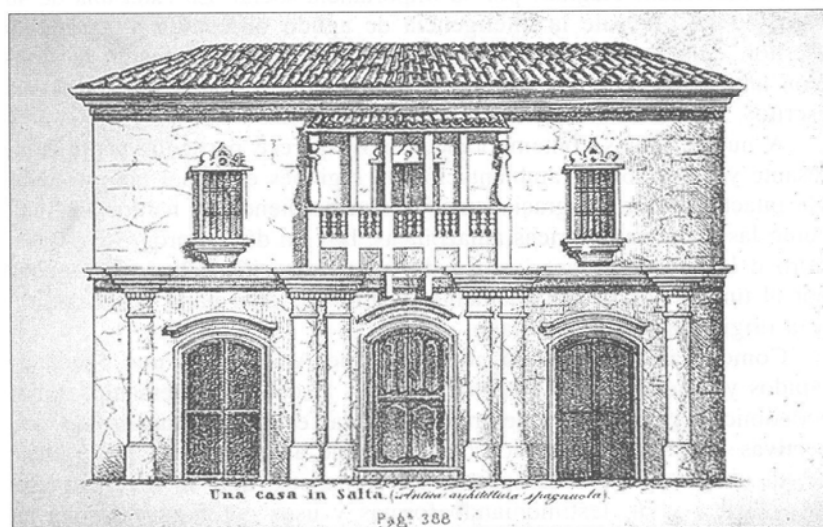
etnográfico cuyo objetivo sea él de trazar el retrato de una cultura, sino que examinó el espectro de las enfermedades típicas de la población autóctona y su tipología genética, dos campos de estudio que aún hoy en día representan una frontera nueva y densa de incógnitas, a pesar de los instrumentos siempre más refinados de los que la ciencia puede disponer. Sin embargo, la antropología contemporánea sólo recientemente ha «descubierto» la paleopatología y la genética, donde destacan iniciativas como el «Proyecto Genoma Humano» (todavía en curso): pues, tenemos que reconocer el valor y los méritos de este eminente estudioso italiano que, anticipando los tiempos, supo divulgar estos aspectos de la búsqueda socio-antropológica.

La documentación de Mantegazza sobre las Canarias se abre con un argumento de carácter médico, o sea la visita del Lazareto de Tenerife y su detallada descripción, su organización y la recopilación completa de su ordenamiento. Después de una estancia de 9 días en aquel lugar de aislamiento, una especie de cuarentena para los viajeros de tránsito para o desde las Américas, el estudioso se dedicó a la ciudad de Santa Cruz, a sus formas y colores y, finalmente, a sus habitantes. De estos

últimos describió minuciosamente las diferentes tipologías físicas, comparándolas con las que había encontrado en América y, por una intuición genial, asimilándolas a la fisiognómica bérbera, lo que una vez más evidencia su sentido innato de antropólogo.

Atento a las arquitecturas y a los monumentos, nos proporciona la descripción de las partes arquitectónicas de los edificios de Santa Cruz y de La Laguna, como se presentaban a sus ojos, subrayando su originalidad y, al mismo tiempo, comparándolas con la arquitectura tradicional de Canarias, de Europa y del Sur de América. La escrupulosidad de su descripción resulta ser muy importante cuando se refiere a edificios y monumentos de relevante valor histórico, que ya han desaparecido (lám. 5).

Encontramos además innumerables noticias del el paisaje y la agricultura, de la manera de construir terrazas a lo largo de las vertientes montañosas que representan la herencia cultural de los antiguos Guanches y, finalmente, el sistema de rotación practicado por los habitantes del archipiélago. Una vez más demostrando un notable sentido de comparación científica, a menudo confronta estos usos con los de Madera, re-



LÁM. 5.—Atento a la arquitectura y a los monumentos, describió edificios de Santa Cruz y de La Laguna como se presentaban a sus ojos, comparándolas con la arquitectura tradicional de Europa y del Sur de América.

saltando no solamente la laboriosidad y el ingenio del pueblo canario, sino también aquella uniformidad botánica que ha llevado a crear el término de «flora macaronésica».

A este propósito, es preciso mencionar sus descripciones de las numerosas especies botánicas endémicas de Canarias, así como sus visitas al jardín botánico de la Orotava, al Jardín Machado y al célebre drago secular de Icod.

Mantegazza narra también de sus excursiones en el interior, acompañado por guías locales, en busca de necrópolis guanches ocultadas entre los barrancos y las paredes de la montaña. Como etnógrafo se apasionó a la vida de los indígenas canarios contemporáneos, analizando detenidamente sus condiciones de vida, describiendo sus alimentos y la manera de cocinarlos, transmitiéndonos el esfuerzo del investigador para presentar el hombre canario en su constante relación dialéctica con los múltiples aspectos de la realidad que la vida cotidiana inevitablemente lleva consigo en un ambiente como el del archipiélago, tan pobre de riquezas naturales. En este contexto el autor se detiene en examinar los comportamientos sociales de estos isleños: una representación detallada de sus fiestas tradicionales, de sus costumbres, de sus ritos y de sus creencias siempre se acompaña con un análisis del carácter de ejemplares de individuos elegidos por su importancia social. En cada una de su obra, pues, sobresale la inteligencia de agudo observador y agradable escritor, donde encuentran infinitas posibilidades de expresión la atención antropológica y naturalista, cualidades que caracterizan todos sus escritos.

A nuestros ojos contemporáneos, nos aparece particularmente interesante y apreciable la ambientación en regiones en aquel tiempo todavía intactas y que, desgraciadamente, van perdiendo su natura virginal, como las áreas perimétricas amazónicas, hoy en día en progresivo deterioro o las mismas Canarias, donde la urbanización salvaje provocada por el turismo ha irreparablemente trastornado gran parte de la naturaleza originaria del archipiélago.

Como Mantegazza viajó por el Sur de América en una época de rápidos y fundamentales cambios políticos y, consiguientemente, socio-económicos, cuando naciones recién nacidas estaban formando sus respectivas estructuras, podemos decir que fue al mismo tiempo cronista de un mundo que iba desapareciendo y de otro que, al revés, apenas empezaba a vivir, testimoniando formas y usos cotidianos que ya no existen, en parte nivelados por el proceso de hispanización de Latinoamérica y por la sucesiva asimilación de las costumbres europeas.

A menudo sus obras han sido devaluadas por considerarlas expre-

sión del «materialismo» típico de la cultura de su tiempo, de clara inspiración positivista. A este propósito, aun el autor a veces expresa cierta ingenuidad, cabe evidenciar como de sus escrito sobresale una total falta de prejuicio al afrontar temas que la mentalidad victoriana de la época consideraba escabrosa y que, por eso, sus descripciones resultan extremadamente objetivas, despojadas de aquellos tonos de moralizadores que a menudo abundan en las crónicas del período, aunque basadas en el concepto del «buen salvaje».

Paolo Mantegazza nunca expresa juicios, sino que apunta cuidadosamente, su interés principal siendo el constante esfuerzo de comparar los usos de la vida física, el clima, la conformación del país con las peculiaridades del carácter de los habitantes, recogiendo exhaustivamente todos los aspectos naturalistas.

Darvinista convencido, nuestro autor indaga la influencia de los factores hereditarios, anticipando, ya lo hemos dicho, las tendencias más modernas de la búsqueda antropológica (lám. 6). Pero es propio su interés en las actividades cotidianas, en su manera de comer y en la gastronomía popular, en las prácticas de medicina de los curanderos y de los hechicheros locales, en las historias de amor e de sexo así como en todos los «pequeños asuntos» que constituyen la vida del hombre que le permiten proporcionarnos un cuadro preciso de las regiones que visitó y de consignarlas, a través de sus escritos, en toda su primitiva vitalidad y en su auténtica realidad. Pero sus investigaciones no se pararon aquí, porque el se interesó también en el sentir datos sobre la demografía de cada isla y enseguida sobre los distintos



LÁM. 6.—Darvinista convencido, Mantegazza indaga la influencia de los factores hereditarios, anticipando las tendencias más modernas de la búsqueda antropológica.

porcentajes de emigración, un campo de estudios que por su época representa un concepto de absoluta modernidad.

Mantegazza dejó las islas en 1859 para regresar definitivamente a Italia, donde le conferieron la cátedra de Patología general en la Universidad de Pavía; aquí él fundó el primer laboratorio patológico experimental de Europa, confirmando sus dotes de anticipador científico aún en el Antiguo Continente. Durante aquel período también dió lecciones de Higiene en la Universidad de Milán y, más tarde, en la de Florencia.

Además, fue diputado al Parlamento italiano desde 1859 hasta 1876, año en que fue nombrado senador del reino.

Durante su carrera científica italiana dió muchas conferencias y cursos, pero siempre acompañó su actividad de divulgador y escritor con la de político.

Cuando estaba en la universidad de Florencia, fundó la Sociedad Italiana de Antropología, el periódico científico «Antropología etnográfica», que dirigió por muchos años, y el Museo Antropológico y Etnográfico, que tuvo mucha fama y cuyas colecciones fueron enriquecidas por donaciones de estudiosos y exploradores y que todavía sigue siendo considerado una institución de mucha importancia en el campo de la historia de la antropología y de la etnografía.

Falleció el 26 del agosto de 1910, después de una vida dedicada a los estudios y a la divulgación.

Entre sus obras, hay muchas de argumentos muy variados. Es preciso mencionar en nuestro caso los trabajos dedicados al antropología y al etnografía de las poblaciones encontradas en ambos los lados del Atlántico, entre los cuales se destacan los dedicados a el estudio de la cultura guanche y también al culto de los muertos y momias, y además al ambiente canario y su población en la mitad del siglo pasado.